

## **Lo que me trae el sueño, como gato**

Por Andrew Blake

Ayer en la noche un amigo mío me estaba contando una historia que trataba de inventar sin mucho éxito. Narraba acerca de un señor que de apellido Snith. Decía el señor "me llamo Mr. Snith. Snith, sí, Mr. John Snith. Es un nombre muy poco común." Si algo le causaba fastidio, era tener siempre que deletrearlo repetidamente. Era algún tipo de cónsul, y constantemente conocía gente, pero carecía de paciencia y habilidad para sociabilizar.

Como el cuento no tenía mucha sustancia todavía, lo dejamos a un lado y mi amigo comenzó a contarme una versión no muy creíble de los acontecimientos de la rendición del imperio japonés a las fuerzas de los Estados Unidos, al final de la segunda guerra mundial. Dijo que algo tenía que ver con la primera historia, pero nunca entendí qué.

Es una escena muy histórica: hay fotógrafos, periodistas, muchos soldados. Hay una gran mesa con varios generales de los Estados Unidos en un lado, y los representantes japoneses en el otro. La guerra ha terminado pero todavía falta la ceremonia de rendición oficial. El día es el 2 de septiembre de 1945, y el lugar es

a bordo del *USS Missouri*, anclado en la Bahía de Tokio.

Es necesario que los japoneses firmen el documento para que oficialmente exista un estado de paz entre los países. Después de la firma del ministro del extranjero, Mamoru Shigemitsu, representante del gobierno civil japonés, viene el turno del General Umezu, quien a su vez representa a las fuerzas militares. El general se acerca a la mesa, levanta la pluma y mira a su alrededor.

La situación es así: todos están allí para que el general Umezu firme la rendición. No hay de otra: Shigemitsu ya firmó, el general sigue y no tiene opción. ¿Qué más podría hacer? De todas maneras la gente alrededor está esperando que él firme el papel como por elección propia. El general sostiene la pluma y pasan los segundos.

De repente el general baja la cabeza para hablar vigorosamente en el oído de un intérprete, señalando con la pluma a un soldado estadounidense parado al lado. El intérprete traduce: "El general Umezu dice que va a firmar bajo una sola condición: que ese soldado se quite las botas." Los generales estadounidenses se miran confundidos. El general Umezu deja la pluma en la mesa y se endereza.

Hay una conferencia entre el general MacArthur y sus asesores. Después de un momento uno de ellos habla con el soldado, quien se quita las botas. El general Umezu levanta la pluma inmediatamente y señala de nuevo, dirigiendo unas palabras a todos los presentes. El intérprete dice "y los calcetines también, el general Umezu dice que los calcetines también." El soldado duda solo un momento antes de quitarse los calcetines.

Todos miran al general Umezu quien a su vez mira al soldado, que de nuevo está parado en firme; sus pies son enternecedores, pero el general Umezu parece no estar muy convencido. Habla nuevamente su intérprete. Camina de un lado a otro, mientras el intérprete da su reporte. "El general dice que todavía no es suficiente, que reniega firmar el documento hasta que se traiga una cubeta y este soldado esté parado dentro de ella. El general lamenta estar totalmente inflexible sobre el asunto, ha dado su palabra final." Y en ese momento el general empieza a gesticular: acaba de ver la cubeta perfecta en un rincón. Es de acero galvanizado. "Esa cubeta de allí" traduce el intérprete innecesariamente, y antes de que puedan intervenir los generales estadounidenses, las personas más cercanas a la cubeta la pasan al frente.

La cubeta está a sus pies, un corto paso hace la diferencia para que el soldado esté parado dentro o fuera de ella, pero apenas termina de pisar bien cuando el general grita en inglés "con agua, es necesario que tenga agua, insisto, pongan agua dentro... una pulgada de agua". La mirada del general MacArthur se oscurece por la furia, pero el general Umezu hace caso omiso. "No, de agua no, de leche, tiene que ser leche" es la última cosa que se escucha decir a Umezu antes de que explote MacArthur: "¡Putra madre! A la chingada con esta mierda, vamos a declararles la pinche guerra nuevamente, yo no estoy aquí para jugar con este imbécil."

Pero con una leve sonrisa se vuelve amable el general Umezu y dice que no es para tanto, que solo era una broma, y firma la rendición como tenía decidido hacer desde un principio.